

los intercambios que mantenía el pueblo con la capital y cómo se influencian mutuamente ambos sexos.

En aquel rincón solo se veía a los panaderos, oficiales de masas, oficiales de tablero, oficiales de pala y ayudantes que trabajaban desde media noche y en el verano se salían en chanclas y en camiseta a la calle por no poder aguantar el fuego del horno, pero se pintaban solos a las altas horas de la noche.

Comparanzas aproximadas

El Cristo donde vino a instalarse la hermana Pepa, tenía algo de la Plaza de Cascorro, lugar de paso, de trajines y de comidillas. No era la Plaza, como la de allí no era la Puerta del Sol, pero sí la encrucijada que nadie podía dejar de cruzar ni de presentarse en ella antes de comenzar a funcionar para que se conociera su presencia. En Alcázar todos los titiriteros y sacamuélas, aunque pusieran el puesto en la Plaza, tocaban antes la trompeta o la campanilla en el Cristo, comprendiendo que era el lugar de mayor resonancia aquí arriba para que se supiera lo que había y dónde, igual que pasaba y pasa en la Plaza de Cascorro.

Bien seguro estoy que la hermana Pepa rememoraría en los días de las Cruces los de la verbena de San Cayetano y que nuestros zurras traerían a su recuerdo aquellas limonadas de frutas tan abundantes en las tabernas de su barrio en esos días y tal vez hechas por su propia mano.

Una cosa le chocaría, que los novios no se acercaban a las novias y las miraban desde lejos mientras en Madrid salían juntos y en las verbenas se hartaban de bailar agarrados, cuando esa forma de baile era la única en uso y el colmo de la perfección que la pareja, formando un solo cuerpo, diera las vueltas sin salirse de un ladrillo.

Como las calles estaban empedradas o adoquinadas, se bailaba en las aceras que tenían losas grandes y la gente se iba por la calzada, donde también se tenía el manubrio. Era el imperio de los valeses, de las mazurcas y habaneras, pasos dobles y chotis.

En Alcázar los mozos remoloneaban por las fiestas cambiando las miradas con las mozas que paseaban en grupo y se sentaban en las puertas a lo largo de las aceras.

Algunas cosas de común tenían estos mozos con los de Embajadores, pero más de indumentaria que de modales y de filosofía. El pantalón entallado y abotinado, las botas de media caña, el pañuelo blanco al cuello, cruzado o anudado y la gorra de visera o el sombrero calañés hacia la cara o sobre la oreja. Así iban los fogoneros, que se hacían lenguas de sus descansos en la Corte y así iban sobre todo y exagerados, la cuadrilla de Gude el sastre, los del juego y sus amigos, que eran el colmo de la presunción y vestían como los toreros y las gentes de trueno, más flamencos que chulescos, que no es lo mismo, siendo el caso típico de cuando el hábito no hace al monje, porque ni nos cuadra la flamenquería ni la chulería y aquellos ternos les caían más bien como trajes de máscara, porque a la hora de la verdad salía el hidalgo y se llevaba la camarera a su casa quitándola de la circulación, en lugar de vivir a su costa muy graciosamente como hubiera correspondido y mandan los cánones de la chulería andante. Aquellos mozos, tan flamencamente equipados por Gude, no tenían de chulos más que el figurín y se les